

## ¿QUÉ PENSABAS, JESUS?

Muchas veces me he preguntado qué pensaría Jesús, cargado con la pesada cruz, cayendo y tropezando por el camino que le conducía a la muerte o ya clavado en los ásperos maderos en el tétrico Calvario, cuando sus ojos tristes y cansados miraban a la gente que le seguía, con curiosidad morbosa unos, con compasión otros o su mirada se cruzaba con la de algún conocido, que esquivaba sostenerla, tal vez por temor a ser identificado, quizá por el cobarde sentimiento de no hacer nada para impedir una injusticia evidente. Porque Jesús, aparte de su naturaleza divina, tenía también otra humana y el enfoque desde ésta última sí que podemos comprenderlo y compartir, en cierta medida, su reacción ante los hechos vividos.

Unamuno, en un bello poema, te preguntaba: “¿Qué piensas tu, muerto, Cristo mío?” Yo te lo pregunto también, pero vivo aún, cuando el clímax de tu pasión iba subiendo en intensidad. ¿Qué pensabas, Jesús, al ver, por las empinadas calles que conducían al sacrificio, caras conocidas en otras circunstancias, cuando no eras reo condenado sino la esperanza de los desesperanzados, de otra vida, de otro mundo, de otra sociedad... ¿Que sentimientos surgían en tu corazón cuando, caída tras caída con la cruz a cuestas, cuando apenas podías levantarte, reconociste al ciego a quien diste luz, al leproso, ya limpio de pústulas y carne podrida, a familiares de Lázaro, a tantos y tantos como con tu palabra o un leve gesto de tus manos libraste de dolores y miserias y que ahora, no se atrevían a llegar hasta ti por temor a que los apresaran o, tal vez, a observar en tus ojos un leve reproche por sus cobardías. ? Allí estaban muchos de los que te recibieron con palmas y ramas de olivos en tu entrada triunfal, cuando todo parecía fácil y en el horizonte se dibujaba una esperanza muy próxima, un reino de paz, de justicia, de bondad. Gritaban y vitoreaban entonces y ahora callan encogidos, turbados, atemorizados... .

¿Qué pensabas tu, Jesús, ante tanta cobardía disfrazada de prudencia, ante tan escasa fe? ¿Qué sentías? Como hombre, como simple hombre, deberías haber sentido –¿lo sentiste?-, un cierto resquemor, un vago dolor desilusionado, una hiriente e infinita decepción. Cualquiera otro en tu lugar, en ti no me atrevo ni a insinuarlo, un triste desprecio, mas que justificado por tantos comportamientos infames y cobardes.

¿Qué pensabas, Señor, mientras soportabas con valiente hombría el intenso dolor de estar sujeto a la cruz, mientras, en tu rededor, podías contemplar a la soldadesca jugándose tus pobres vestidos, a mucha gente curioseando y solo unos cuantos amigos, junto a tu madre, llorando a tus pies?

Creo que nunca llegaremos a saber los pensamientos que cruzaban por tu mente humana porque, después de todo, también eres Dios y en tu proyecto de salvación estaba ya previsto este sufrimiento y estas sensaciones doloridas, que jamás llegaremos a conocer ni entender en su plenitud.

Miguel Molina Rabasco